

CAPÍTULO XIII.

LOS GRANDES DEUDORES.

¿Qué sería la vida sin aritmética, más que una escena de horrores? Vais á Bolonia, la ciudad de las deudas, poblada de personas que jamás han comprendido la aritmética.

SYDNEY SMITH.

Cuando se debe y no se paga, es como si no se debiese.

ARSENIO HOUSSAYE.

¡Oh, de qué progenitura tan horrorosa es padre la deuda! ¡Qué mentiras, qué bajezas, qué avances al respeto propio, qué cuidados, qué doblez de conducta! ¡Cómo ha de grabar en su tiempo las arrugas en la fisonomía franca y abierta, como con un cincel! Dará de puñaladas á un corazón honrado.

DOUGLAS JERROLD.

La especie humana, según la mejor teoría que puedo formarme de ella, está compuesta de dos razas diferentes, *los hombres que piden prestado y los hombres que prestan*. Á estas dos diversidades originarias pueden ser reducidas todas esas impertinentes clasificaciones de tribus góticas y célticas, hombres blancos, hombres negros, hombres rojos, y demás por el estilo.

CARLOS LUMB.

Las gentes no saben qué molestias se preparan cuando contraen deudas. Por cualquier cosa se incurre en la deuda, y pende del pescuezo de un hombre como una piedra de molino, hasta que se alivia de ella. Le oprime como una pesadilla. Impide el bienestar de su familia. Destruye la felicidad de su hogar.

Hasta aquellos que están en posesión de ingresos regulares, de rentas grandes, se sienten imposibilitados durante muchos años, por el influjo de la deuda.

Agobiado por esto, ¿qué puede hacer un hombre para ahorrar, — para economizar teniendo presente el porvenir de su mujer y de sus hijos? Un hombre endeudado está imposibilitado de asegurar su vida, para asegurar su casa y sus mercancías, para poner dinero en el banco, para comprar una casa ó una tierra. Todas sus ganancias tienen que ir derechas al pago de su deuda.

Hasta hombres con enormes fortunas, grandes lores con vastas propiedades territoriales, se sienten á veces oprimidos y míseros por el peso de las deudas. Habiendo contraído, ellos ó sus antecesores, hábitos de despilfarro, — afición al juego, carreras de caballos, ó una manera de vivir fastuosa, — toman dinero prestado con hipoteca de sus propiedades, y queda la carga de la deuda. No, quizá, en el caso de propiedades estrictamente vinculadas, — porque la aristocracia hase manejado de modo que sus deudas sean borradas con su muerte, y de ese modo pueden satisfacer sus gustos pródigos á costa del público pasando las propiedades relativamente libres al heredero vinculado. Pero son pocos los que están en igual posición que las clases privilegiadas. En el mayor número de casos se heredan las deudas con las propiedades y á menudo son mayores las deudas de lo que valen las propiedades. Sucede pues, que una gran parte de las tierras de Inglaterra son en este momento propiedad de hipotecas y de prestamistas de dinero.

Los hombres más grandes han tenido deudas. Hasta se ha sostenido que la grandeza y la deuda tienen cierto parentesco entre sí. Grandes hombres tienen deudas grandes; se les fia. Así sucede con las grandes naciones; son respetables, y tienen crédito. Los hombres faltos de espíritu no tienen deudas, ni tampoco las tienen las naciones apocadas: nadie quiere fiarles. Los hombres lo mismo que las naciones con deudas se atraen un interés muy extendido. Sus nombres están escritos en muchos libros, y muchas son las conjeturas que se forman sobre si pa-

garán ó no. El hombre que no tiene deudas se desliza á través de la sociedad sin ser en cierto modo observado; mientras que aquel que está en los libros de todos, tiene sobre sí fijas las miradas de todos. Se averigua con interés por su salud; y si se va á países extranjeros, se espera ansiosamente su regreso.

Generalmente se pinta al acreedor como hombre duro y de severo rostro; mientras que el deudor es un hombre franco y generoso, pronto á convidar y ayudar á cualquiera. Es objeto de la simpatía general. Cuando Goldsmith fué importunado por su ración de leche y arrestado por el alquiler de su habitación, ¿quién pudo pensar en compadecer á la lechera ó al dueño de la casa? Es el individuo que está en deuda quien forma el rasgo prominente de la pieza, y toda nuestra simpatía le es concedida. “¿Qué seriais vos, preguntó Pantagruel á Panurgo, sin vuestras deudas? ¡Que Dios me libre de verme sin ellas! ¿Os imagináis que haya algo de divino en prestar ó en dar crédito á otros? ¡No! ¡estar debiendo es la legítima virtud heroica!”

Con todo, cualquier cosa que se diga en elogio de las deudas, tienen sin disputa un lado de granjería. El hombre endeudado se ve precipitado, para poder vivir, á recurrir á muchos expedientes penosos. Es víctima de los cobradores y de los oficiales de justicia. Pocos pueden tratarlos con la indiferencia con que Shéridan lo hacía, poniéndoles librea para servir á sus huéspedes. El deudor se sobresalta y empalidece á cada golpe del llamador. Los amigos se vuelven indiferentes, y sus parientes le huyen. Tiene vergüenza de irse fuera del país, y no tiene bienestar en su patria. Se vuelve áspero y querrelloso, rencoroso, disgustándose de la vida. Carece de pasaporte para el goce y respeto, le falta el dinero; sólo tiene deudas, y esto lo hace sospechoso, despreciado y reñido. Vive en el lodazal del desaliento. Se siente degradado ante los ojos de los demás y los suyos propios. Tiene que someterse á pedidos impertinentes, de que sólo puede librarse con falsas excusas. Ha cesado de ser su propio señor, y ha perdido el porte independiente del hombre. Se empeña por obtener benevolencia, y suplica que se le dé tiempo. Un abogado mañoso le coge, y de pronto se siente en

garras del ave de rapiña. Acude á un amigo ó á un pariente, pero todo lo que consigue es una disculpa vulgar, ó una fría negativa. Busca á un prestamista, lo que, si tiene éxito, es caer del puchero al fuego. Es fácil prever cuál será el fin: una vida de manejos y recursos indignos, que quizá termina en la cárcel ó en el asilo de los pobres.

¿Puede librarse un hombre de contraer deudas? ¿Hay alguna posibilidad de evitar la degradación moral que acompaña á esto? ¿No se podría prescindir por completo, y conservarse segura la independencia del hombre? No hay más que un camino para conseguirlo: *viviendo dentro de los límites de los recursos* de que dispone cada uno. Desgraciadamente, ésta es una práctica demasiado poco efectuada. Contraemos deudas fiando en el porvenir para tener ocasión de pagarlas. No podemos resistir á la tentación de gastar dinero. Se quiere tener rico ajuar y vivir en casa de alquiler elevado; otro quiere tener vinos exquisitos y palco en la ópera; un tercero tiene que dar comidas y reuniones musicales, todas cosas muy buenas en su modo, pero que no se deben disfrutar si no se pueden pagar. ¿No es una cosa ruin pretender dar banquetes, si las personas que realmente los costean son el carnicero, el confitero y el vendedor de vinos, á quienes todavía debéis, y á quienes no podéis pagar?

Un hombre no tiene derecho á vivir sobre un pie de casa que no pueden sostener sus ingresos, ó hipotecar sus ganancias de la semana entrante ó el año venidero, para poder vivir lujosamente el día de hoy. Todo el sistema de deudas, por cuyo medio prevenimos y anticipamos lo futuro es errado. Son casi tan dignos de censura aquellos que fian y estimulan á sus parroquianos á hacer uso del crédito, como los que contraen deudas. Un hombre sabe cuál es su posición real y efectiva, si paga sus gastos conforme prosigue sus quehaceres. Puede mantenerse dentro del límite de sus recursos, y de esa manera arreglar sus gastos de modo que reserve un fondo de economías para los días de agobio y de necesidad. Siempre tiene su balance; y si no compra sino aquello que paga al contado, no puede dejar de estar al lado del haber en las cuentas de su hogar al fidel año.

Pero que principie una vez la práctica de dejar crecer las cuentas una con el sastre, otra con la costurera y modista, otra con el carnicero, otra con el almacenero, etcétera, nunca sabrá cómo está. Le alucinarán para que contraiga deudas; le allanarán el camino y se lo harán agradable; las cosas fluyen á su casa, por las que parece que no paga. Pero todas son apuntadas contra él; y al fin del año, cuando llegan las cuentas, está pronto á levantar los brazos con desesperación. Entonces se apercibe que el dulce de la miel no recompensa lo agudo de la picadura.

Lo mismo ocurre con las clases pobres. No hace muchos años que el Parlamento votó una ley facilitando el establecimiento de las Sociedades de *Pequeños Préstamos*, con el propósito de ayudar á los pequeños mercaderes y personas pobres en general, para que pudieran conseguir dinero en un apuro. La ley fué asida en el acto con las garras de la numerosa raza de los *Arrebátalo todo*, como un medio de llevar el dinero ajeno á su bolsillo. Daban facilidades á las clases trabajadoras para que se endeudaran y para que hipotecaran su laboriosidad futura. Unos cuantos hombres, deseosos de hacer dinero, se constituían en Sociedad de Préstamos, y ofrecían sumas de dinero ostensiblemente, al interés de cinco por ciento, reembolsable en cuotas semanales. Los trabajadores se aprovecharon con vehemencia de la facultad de contraer deudas. Uno quería dinero para un *jolgorio*, otro quería dinero para un traje, un tercero para un reloj con ocho días de cuerda, y cosas por el estilo, y en vez de ahorrar el dinero de antemano, preferían conseguir el dinero de la Sociedad, teniendo que verse en dificultades y pobreza hasta que la deuda hubiese sido pagada. Semejante práctica es peor que vivir de manos á boca : es vivir de sus propias entrañas.

Fácil es comprender cómo harían dinero los socios de la Sociedad de Préstamos. Suponed que adelantaran diez libras esterlinas por tres meses al cinco por ciento. Es reembolsable en cuotas semanales de diez chelines por semana, principiando á hacerse los pagos desde la primera semana después que el

préstamo haya sido hecho. Pero aunque se pagan diez chelines semanalmente hasta que la deuda esté cancelada, el interés de cinco por ciento se carga sobre toda la suma hasta que está pagada la última cuota. ¡De modo que aunque el interés nominal es de cinco por ciento, continúa aumentando hasta que en la última semana alcanza la enorme tasa de ciento por ciento! Esto es lo que se llama *comerse el ternero en el vientre de la vaca*.

Los hombres de genio son también fáciles en contraer deudas. El genio no tiene necesariamente conexión con la prudencia ó el refrenamiento propio, ni tampoco ejerce influencia alguna sobre las reglas comunes de la aritmética, que son rígidas é inflexibles. Los hombres de genio son á veces superiores á lo que Bacon llama *la sabiduría de los negocios*. Sin embargo, Bacon mismo no siguió su propio consejo, sino que se vió arruinado por su imprevisión. Se halló en estrecheces y dificultades cuando joven, y aun en mayores estrecheces y dificultades siendo hombre maduro. Su vida fué espléndida; pero sus gastos excesivos lo envolvieron en deudas que le crearon un perpetuo anhelo de dinero. Un día, saliendo á su antesala, donde esperaban sus partidarios su aparición, dijo : "Sentaos, señores míos ; vuestra elevación ha sido mi caída." Para satisfacer sus necesidades, Bacon se dejó sobornar, y por eso fué acosado por sus enemigos, convicto, degradado y arruinado.

Hasta los hombres que tienen un genio especial en asuntos financieros en grande escala, pueden arruinarse en la administración de sus propios negocios particulares. Pitt administró la hacienda nacional durante un período de dificultades sin ejemplo, y estaba, á pesar de eso, siempre endeudado. El ex-banquero lord Carrington, examinó una ó dos veces las cuentas de la casa de Pitt, á petición de éste, y vió que la cantidad de la carne del carnicero puesta en las cuentas era de un quintal por semana. La partida de salarios de sirvientes, gastos de mesa, manutención y cuentas de familia, excedían de £ 2.300 al año. Á la muerte de Pitt, votó la nación

£ 40.000 para satisfacer las reclamaciones de sus acreedores; sin embargo, sus rentas nunca habían sido menores de £ 6.000 al año; y en una época, con la alcaidía de los *Cinque Ports*, era casi de £ 4.000 más anuales. Macaulay dice con mucha verdad que “ el carácter de Pitt habría estado á mayor altura, si al desinterés de Pericles y De Witt, hubiese reunido su elevada frugalidad. ”

Pero Pitt no está en manera alguna solo. Lord Melville fué tan pródigo en la administración de sus propios negocios, como lo fué del dinero del público. Fox era un deudor enorme, siendo su máxima económica que un hombre nunca está en necesidad de dinero si se halla dispuesto á pagar bastante por él. Fox llamaba á la pieza exterior en Almack, donde solía tomar prestado algunas veces á exorbitantes intereses de algunos judíos prestamistas, su *Cámara de Jerusalén*. La pasión por el juego era su gran vicio, y en temprana edad le envolvió en deudas de una enorme suma. Refiere Gibbon que en una ocasión estuvo Fox jugando juegos de azar durante veinte y cuatro horas consecutivas, perdiendo 40.000 libras esterlinas. Pero el juego en grande era vicio de la alta sociedad de aquellos tiempos, y hacer trampas no era cosa desconocida. Aludiendo Selwyn á las pérdidas de Fox en el juego, le llamó *Carlos el Mártir*.

Shéridan fué el héroe de las deudas. Vivía de ellas. Aunque recibía grandes sumas de dinero de un modo ó de otro, nadie sabía en qué lo empleaba, porque á nadie pagaba. Parecía que se derretía en sus manos como la nieve por el verano. Gastó la fortuna de su mujer, de £ 4.600, en una excursión de seis semanas á Bath. La necesidad lo llevó á la literatura, y debido quizá al aguijón de la pobreza poseemos *Los Rivales* y los dramas que le siguieron. Con su segunda mujer recibió una fortuna de £ 5.000, y con £ 15.000 que realizó con la venta de las acciones del Drury Lane, compró una propiedad en Surrey, de donde fué echado por las deudas. El resto de su vida fué una serie de expedientes, algunas veces brillantes, pero más á menudo degradantes, para conseguir dinero y es-

capar á los acreedores. Taylor, el del teatro de la Ópera, solía decir que si se quitaba el sombrero para saludar á Shéridan en la calle, le costaba cincuenta libras; pero que si se paraba á hablarle, le costaba unas cien.

Uno de los acreedores de Shéridan fué por su dinero á caballo. “ Es una linda yegua, ” dijo Sheridan, “ ¿ Le parece á usted ? ” — “ Sí, realmente. ¿ Qué tal trota ? ” El acreedor, halagado, le dijo que lo vería, é inmediatamente hizo andar á todo trote á la yegua, visto lo cual tomó Shéridan la oportunidad de trotar dando la vuelta en la primer esquina. Los cobradores solían ir en cantidad todas las mañanas, para cogerle antes que saliera de casa. Se les hacía entrar en las piezas inmediatas al zaguán. Una vez que Shéridan había almorzado, bajaba y preguntaba : “ Están cerradas todas las puertas, Juan ? ” Y al recibir contestación afirmativa, salía con toda tranquilidad por entre ellos.

Debía á todo el mundo : al vendedor de leche, al almacenista y al carnicero. Algunas veces solía estar esperando la señora de Shéridan durante una hora ó más mientras los sirvientes recorrían la vecindad por café, manteca, huevos y bollos. Siendo Shéridan contador de la marina, llevó un carnicero un día una pierna de carnero á la cocina. El cocinero la tomó y la echó en la olla para cocerla, y se fué arriba por el dinero; pero como no regresaba, quitó el carnicero con toda tranquilidad la tapa de la olla, sacó la pierna de carnero, y salió llevándola en su delantal (1). Sin embargo, mientras vivía Shéridan en estos apuros, se iba generalmente en dos carruajes de cuatro caballos cuando era invitado con su hijo á ir al campo: él iba en uno y su hijo Tomás en el otro.

El final de todo fué muy triste. Durante algunas semanas antes de su muerte se hallaba falto casi por completo de los medios de subsistencia. Sus nobles y reales amigos le habían abandonado enteramente. Había en su casa orden de prisión por deudas y pasó sus últimos días bajo la vigilancia de oficia-

(1) Haydon, *Autobiografía*, vol. II, pág. 104.

les de justicia, quienes se abstuvieron de llevarle á la cárcel, solamente porque se les aseguraba que el llevarle preso causaría su inmediata muerte (1).

El cardenal de Retz vendió todo para pagar sus deudas, pero no recuperó su libertad. Describió la angustia perpetua del deudor. Hasta prefirió la reclusión en el castillo de Vincennes, á estar expuesto á las molestias causadas por sus acreedores. La vida de Mirabeau fué de perpetuas deudas, porque era un espantoso pródigo. El único modo como su padre podía librarle de los lances apurados, era consiguiendo una *lettre de cachet* (2), y haciéndole poner en la cárcel. Aunque Mirabeau manejó los poderes del Estado, estaba tan pobre cuando murió, ó había sido tan malgastador, que aún le debía al sastre el traje con que se casó.

Lamartine gastó media docena de fortunas, y al fin de su vida *hacía circular el sombrero*, es decir, pedía prestado. Lamartine sostenía descaradamente que odiaba la aritmética, *esa negación de todo pensamiento noble*. De consiguiente fué compelido á valerse de expedientes indignos para vivir. Tan sólo el *Curso de Literatura* le daba 200.000 francos al año; sin embargo, el dinero corría por entre sus dedos como azogue. Dícese que sus deudas llegaron á tres millones de francos; y á pesar de ello continuó viviendo sobre el mismo pie. Uno de sus admiradores entusiastas, que se había limitado en sus gastos para suscribirse y rescatar los bienes de Lamartine, entró un día en la tienda de un vendedor de pescado para comprar un rodaballo. Era demasiado caro para sus recursos. Entró una persona de aspecto distinguido, se detuvo un instante delante del rodaballo, y sin preguntar el precio, ordenó que se le enviara el pescado á su casa. Era Mr. de Lamartine.

Wébster, el estadista americano, tenía falta de dinero, lo cual nacía de su descuido y de su prodigalidad. Si hemos de creer á Teodoro Párker, Wébster, al igual de Bacon, se dejaba sobornar. "Contraía deudas y no las arreglaba, pedía presta-

(1) *Memorias de la vida de sir S. Romilly*, vol. III, pág. 262.

(2) Orden de prisión.

do y no devolvía. Algunas veces se pegó á sus manos dinero de particulares... Siendo senador de los Estados Unidos, estaba pensionado por los fabricantes de Boston. Sus últimos discursos huelen á cohecho." Monroe y Jéfferson estaban siempre faltos de dinero, y á menudo endeudados, aunque ambos eran hombres honrados.

La vida que llevan en nuestros días los hombres públicos, es frecuentemente un incentivo para hacer gastos excesivos. Puede ser que sean hombres de fortunas modestas; puede ser que sean hasta pobres; pero no son muchos los que viviendo en sociedad general tengan el valor moral de parecerlo. Para sostener su posición social, creen que es necesario vivir como otros. De ese modo son arrastrados por la vorágine deuda y con todas las dificultades, molestias, expedientes indignos, y actos deshonestos que acarrearán las deudas.

Los hombres de ciencia se hallan en su mayor parte exentos de la necesidad de brillar en la sociedad; de ahí que sólo proporcionen un número pequeño de ejemplos de deudores ilustres. Muchos de ellos han sido pobres, pero generalmente han vivido dentro del límite de sus recursos. La vida de Képler fué efectivamente una lucha con la pobreza y con las deudas; originada principalmente por la circunstancia de que su sueldo, como primer matemático del emperador de Alemania, siempre estaba atrasado. Esto lo llevó á echar horóscopos, para ganar su subsistencia. "Paso mi tiempo, escribí una vez, en mendigar á las puertas de las tesorerías reales." Á su muerte sólo dejó veinte y dos coronas, el traje que llevaba, dos camisas, algunos libros y muchos manuscritos. Leibnitz dejó tras de sí una gran cantidad de deudas; pero esto puede haber sido causado por el hecho de que era no solamente filósofo, sino también político, y tuvo frecuentes ocasiones de visitar cortes extranjeras y figurar al igual de los ricos en la sociedad de los grandes.

Espinosa era pobre de fortuna; pero siendo suficiente para llenar sus necesidades lo que ganaba en pulimentar vidrios para los ópticos, no incurrió en deudas. Rehusó un profesorado

y rehusó una pensión, prefiriendo vivir y morir independiente. Dalton tenía una indiferencia filosófica por el dinero. Cuando sus conciudadanos de Mánchester le ofrecieron una vez proporcionarle un capital para que fuera independiente, y que de ese modo pudiera consagrar el resto de su vida á las investigaciones científicas, rehusó el ofrecimiento, diciendo que: "enseñar era para él una especie de recreo, y que si fuera más rico no gastaría probablemente más tiempo en sus investigaciones de lo que estaba acostumbrado á hacer." Faraday fué otro ejemplo de modesta fortuna y noble independencia. Lagrange solía atribuir su fama y felicidad á la pobreza de su padre, el astrónomo real de Turín. "Si yo hubiera sido rico, decía, probablemente no habría sido matemático."

El deudor más grande, relacionado con la ciencia, fué Juan Hünter, quien gastó todos los recursos provechosos, y todos fueron ganados por él mismo, en acumular la espléndida colección conocida ahora por Museo Hunteriano. Todo lo que podía reunir se empleaba en la compra de nuevos objetos para preparación y disección, ó para el trabajo de carpinteros y albañiles en la edificación de su galería. Aunque su familia quedó en situación limitada después de su muerte, pudieron pagarse todas sus deudas con la venta que de su colección se hizo á la nación en £ 15,000, y al mismo tiempo dejó un monumento imperecedero de su fama.

Casi todos los grandes artistas han luchado á través de la pobreza para llegar á la celebridad, y algunos jamás salieron por completo de aquélla. Esto ha sido, sin embargo, debido principalmente á su imprevisión. Jan Steem estaba siempre con apuros, originados principalmente por el hábito que adquirió de beberse su propia cerveza; porque al principio fué cervecero y después tabernero. Bebía y pintaba alternativamente, pasando al lienzo algunas veces las escenas de bebedores de que había sido testigo, aun estando él mismo en estado de embriaguez. Murió endeudado, después de lo cual subió el precio de sus pinturas, hasta que ahora valen en oro lo que pesan.

Á pesar de las rentas grandes de Vandyck, era tan esplén-

dido y costoso su modo de vivir, que lo cubrió con pesadas deudas. Para rehacer su fortuna, estudió alquimia por algún tiempo, con la esperanza de descubrir la piedra filosofal. Pero hacia el fin de su vida pudo restablecer su posición, y dejó con que vivir á su viuda. Rembrandt, por otra parte, se sumió en deudas por su amor al arte. Era un coleccionista insaciable de dibujos, armaduras y objetos artísticos, y de ese modo llegó á encontrarse en tales aprietos, que fué declarado en quiebra. Su propiedad permaneció durante trece años embargada hasta su muerte.

Los grandes artistas italianos han sido en su mayor parte hombres sobrios y moderados, y han vivido dentro del límite de sus recursos. Dice Haydon en su autobiografía: "Rafael, Miguel Ángel, Zeuxis, Apeles, Rubens, Reynolds, Tiziano, fueron ricos y felices. ¿Por qué? Porque á su genio reunían la prudencia práctica." El mismo Haydon fué un ejemplo de la práctica contraria. Su vida fué una prolongada lucha con las dificultades y las deudas. No bien estaba libre de un compromiso, cuando ya se veía envuelto en otro. Su *Elección frustrada* fué pintada en la prisión del tribunal superior de Londres, donde estaba por deudas. Hay un asiento singular en su diario: "Conseguí hoy prestado £ 10 de mi mantequillero Webb, antiguo discípulo mío, que me fué recomendado por sir Jorge Baumont hace veinte y cuatro años, pero quien, después de dibujar manos, abrió sabiamente *un almacén de manteca*, y ha podido enviar £ 10 á su antiguo maestro en su necesidad." La autobiografía de Haydon está llena de sus litigios con abogados y oficiales de justicia. Los acreedores lo rastreaban é importunaban á cada paso. "*La cabeza de Lázaro*, dice, fué pintada inmediatamente después de un arresto; *Eucles* fué terminado en posesión ya de otro hombre; la hermosa cara de *Jenofonte*, en una tarde, después de una mañana pasada en mendigar misericordia de los abogados; y la cabeza de *Cassandra* fué terminada en indescriptible agonía, y su mano concluida después de estar en manos de un corredor, á causa de un embargo que se hizo por los impuestos (1)."

1) Haydon, *Autobiografía*, vol. II, pág. 400

Cowper solía decir que nunca había conocido un poeta que no fuera pródigo, y se incluía él también. Á pesar de su vida tranquila y retirada, constantemente se comió los frutos antes de cosecharlos. "Con la ayuda de una buena administración, escribió una vez, y una idea clara sobre los asuntos económicos, conseguí gastar en tres meses las entradas de un año." Pero aunque sea grande el número de los poetas pródigos, no debe olvidarse que Shakespeare, que está á la cabeza de la lista, fué un hombre prudente. Economizaba sus recursos y dejó á su familia con comodidades. Sin embargo, en su mayor parte fueron sus contemporáneos hombres llenos de deudas. Á menudo estaba atormentado Ben Jonson, y siempre pobre, pidiendo prestado á veces hasta veinte chelines á Henslowe; aunque rara vez se privaba de pasar una noche alegre en la *Mermaid*. Frecuentemente estaba Massinger en tan reducidas circunstancias, que no podía pagar su gasto en la misma taberna.

Greene, Peele y Marlowe vivieron en la mayor disipación, y murieron en la pobreza. Marlowe fué muerto en una pendencia de borrachos. Cuando Greene estaba en su lecho de muerte, pereciendo de la enfermedad que habían producido sus excesos, era perseguido por la deuda de diez libras esterlinas que debía al zapatero que le había albergado. Entonces aconsejó á su amigo Peele que se enmendara, pero Peele, lo mismo que él, murió en la miseria y con deudas, siendo una de sus últimas cartas la que escribió á Burleigh pidiéndole un socorro: "Una larga enfermedad, decía, me ha debilitado de tal modo, que hace de la cortedad casi la impudencia." Spenser murió abandonado y en la necesidad. Ben Jonson dice de él que "murió por falta de pan en la calle King, y rehusó veinte monedas grandes que le fueron enviadas por lord Essex, agregando, que sentía mucho no tener tiempo para gastarlas."

De poetas y escritores posteriores, Milton murió en la obscuridad aunque sin deudas. Lovelace murió en un sótano. Butler, el autor de *Hudibras*, murió de hambre en Rose Alley, el mismo lugar en que Dryden fué apaleado por unos malhechores paga-

dos. Outway fué perseguido por alguaciles hasta en su último escondite de Tower Hill. Lo último que hizo fué mendigar un chelin de un caballero, el cual le dió una guinea; y comprando un pan para apaciguar su hambre, se ahogó al primer bocado. Wycherley estuvo en prisión por deudas siete años. El despilfarro y la relajación de Fielding en sus primeros años le envolvieron en dificultades de que nunca pudo librarse por completo, y su muerte fué amargada por la pobreza en que dejó á su mujer y á su hijo en país extraño.

Savage tenía una pensión de cincuenta libras esterlinas al año, que generalmente gastaba en unos cuantos días. Era entonces moda usar unas capas coloradas adornadas con galones de oro, y Johnson le encontró un día, justamente después de haber recibido su pensión, vestido con una de esas capas, mientras que al mismo tiempo le salían los dedos de los pies por los agujeros de sus botines. Después de haber vivido una existencia de abandono, de vicios y de relajación, murió en la cárcel, donde había estado seis meses por deudas. Al terminar su *Vida de Savage*, dice Johnson: "Esta relación no sería del todo desaprovechable si aquellos que confiando en su capacidad superior, descuidan las máximas comunes de la vida, recuerdan por efecto de ella que nada suplirá la falta de prudencia, y que el abandono y la irregularidad continuados por mucho tiempo, harán inútil el saber, ridículo el entendimiento, y despreciable el genio."

Sterne murió pobre, si no es que murió insolvente. Á su muerte se abrió una subscripción para el sostén de su mujer y su hija. Churchill, preso por deudas, ocasionadas por su relajación y despilfarro, Chaucer lo caracterizó como *pródigo igualmente de dinero y de ingenio*. Chatterton, reducido á morir de hambre y desesperación, se envenenó á los diez y ocho años. Sir Ricardo Steele estaba rara vez sin deudas. En muchos conceptos se parecía á Shéridan en la índole y el carácter. Tenía ideas de especulación, y siempre estaba á punto de dar algún gran golpe de suerte, para hacer su fortuna. Era perseguido perpetuamente por acreedores y oficiales de justicia; sin em-

bargo, no se privaba de regalos mientras podía conseguir fiado. Cuando fué nombrado para el empleo de comisionado de la acuñación de monedas, con un sueldo regular, puso coche con dos y á veces cuatro caballos, y mantenía dos casas, una en Londres y otra en Hampton. Siendo inadecuados sus recursos á su modo de vivir, muy luego se hundió mucho más que antes en las deudas. Repetidas veces fué encarcelado por los abogados, y encerrado en la prisión preventiva. Los embargos cayeron sobre sus casas, su ajuar fué vendido; y, sin embargo, no perdía su tranquilidad y buen genio, Steele, siempre amante del placer. Siempre tenía algo grande dispuesto para hacerle rico. Uno de sus más grandes proyectos fué el de llevar pescado vivo al mercado de Londres; y entonces, le decía á su esposa, *estards provista mejor que cualquier dama de Inglaterra*. Pero la buena suerte no llegó nunca para sir Ricardo, y murió con los codos rotos en la pequeña propiedad de su mujer en el país de Gales.

Goldsmith fué otro de los deudores indiferentes á las caricias y á los reveses de la fortuna. Nadaba en las deudas. No bien salía de ellas, cuando ya volvía á sumergirse en otras más hondamente que antes. El primer dinero que ganó como preceptor, era todo el dinero que tenía, fué gastado en comprar un caballo. Sus parientes reunieron £ 50 y le enviaron al Temple para que estudiara leyes; pero no pasó de Dublín, donde gastó ó jugó todo el dinero. Después se fué á Edimburgo á estudiar medicina, y se vió obligado á huir de allí habiendo salido fiador por un amigo. Empezó una gira por Europa sin ningún dinero en el bolsillo, sin nada más que su flauta, y mendigaba y tocaba, hasta que regresó á Inglaterra, tan pobre como cuando se fué. Él mismo solía decir después que difícilmente había un reino en Europa donde no fuese deudor (1).

Hasta cuando Goldsmith principió á ganar dinero con facilidad, estaba también endeudado. Gastaba con una mano lo que ganaba con la otra. Fué arrestado por deber los alquileres,

(1) Forster, *Vida de Goldsmith*, ed. 1863, p. 41.

amenazado por los abogados, pero jamás aprendió la sabiduría de la economía. En el mismo mes en que se publicó su *Vicario de Wakefeld*, no fué aceptada su letra de quince guineas girada sobre Newbery. Cuando tomaba parte en la comida de Boswell, en Old Bond Street, *el traje de ratina forrado de raso, y los calzones de seda color de rosa*, pertenecían á su sastre y no fueron pagados hasta que murió.

La prosperidad aumentaba sus apuros en vez de disminuirlos; cuanto más dinero tenía, tanto más irreflexivos y despilfarrados eran sus gastos. No podía negar ningún goce, ningún placer, ya fuese para él ó para otros. Pedia prestada una guinea y se la daba á un mendigo. Era capaz de dar la ropa que llevaba puesta, y las colchas de su cama. No podía negar nada á nadie. Para hacer frente á sus gastos irreflexivos, consiguió dinero prometiendo escribir libros que jamás principiaba. Estaba descontando perpetuamente el día de mañana, é hipotecando una propiedad que ya estaba sobrecargada. Así murió, como había principiado, pobre, embargado y lleno de deudas. Á su muerte debía más de dos mil libras. *¿Hubo jamás un poeta, dice Johnson, á quien se le haya fiado tanto en otros tiempos?*

Goldsmith y otros han sido citados como ejemplos del trato duro que el mundo ha dado á los genios, y en prueba de la incapacidad social de los hombres de letras y de los artistas. Se ha sostenido que la sociedad debiera ser más indulgente con sus hombres de genio, y que el gobierno debiera harcer algo más por ellos de lo que hace. Pero nada de lo que pudieran hacer el gobierno ó la sociedad por los hombres de genio, resultaría beneficioso para ellos, á menos que quieran hacer lo que hacen otros hombres menos inteligentes ó instruidos: manifestar respeto propio y practicar la economía común. Podemos condolernos del pobre Goldsmith, pero no podemos dejar de ver que siempre fué su propio enemigo. Sus ganancias fueron grandes, ascendiendo á unas £ 8.000 en catorce años, que representan una suma de dinero mucho mayor de lo que hoy en día fuera la misma cantidad. Por su *Historia del mundo y la naturaleza animada* recibió £ 850, y el libro era,

cuando más, una compilación inteligente. Johnson dijo de él que "si sabía distinguir un caballo de una vaca, es á todo lo que alcanzaba su saber en zoología." La representación de su *Hombre de buena índole* le produjo £ 500. Y así con sus demás obras. Tuvo tanto éxito como el mismo Johnson, pero es que no tenía la sobriedad, el dominio sobre sí mismo y el respeto propio de Johnson.

Sin embargo, en sus momentos de cordura y reflexión, conocía Goldsmith el verdadero camino, aunque no tenía el valor de seguirlo. En una carta á su hermano Enrique, respecto de la carrera de su hijo, decía Goldsmith: "Enseñad á vuestro hijo, mi querido señor, el ahorro y la economía. Presentad ante sus ojos el ejemplo de su pobre é instable tío. Había aprendido yo de los libros á ser generoso y desprendido antes que hubiese sido enseñado por la experiencia sobre la necesidad de ser prudente. Había contraído los hábitos é ideas de un filósofo, mientras me estaba exponiendo yo mismo á los insidiosos accesos del sacrificio, y habiendo sido á menudo caritativo hasta el exceso, aun en mis más limitadas circunstancias de fortuna, olvidé las reglas de la justicia, y me colocaba en la mismísima situación del misero que me daba las gracias por mi liberalidad."

Apenas había llegado Byron á la virilidad cuando ya estaba lleno de deudas. Escribiendo á Mr. Beecher, cuando tenía veinte años, dice: "*Entre nosotros sea dicho*, me hallo malditamente agobiado; mis deudas, incluyéndolo todo, serán nueve ó diez mil libras antes que cumpla veinte y un años." Al llegar á ser mayor de edad, fueron celebradas las fiestas en Newstead con recursos proporcionados por prestamistas á un interés enorme, usurario. Sus dificultades no disminuyeron, sino que aumentaron con el tiempo. Se dice que la muerte de su madre fué ocasionada por un acceso de ira, producido por la lectura de las cuentas de un tapicero (1). Cuando se publicó el primer canto del *Childe Harold*, regaló Byron el derecho de edición á Mr.

(1) Moore, *Vida de Byron*, ed. 1860, pág. 127.

Dallas, declarando que nunca recibiría dinero por sus escritos, resolución que después abandonó sabiamente. Pero sus ganancias con la literatura en esa época no podían haber aliviado la pesada carga de deudas bajo la cual vacilaba. Newstead fué vendido, y la carga seguía acumulándose. En seguida se casó, probablemente con la idea de que la fortuna de su mujer lo libraría; pero el dinero de ella permaneció bajo llave, y el casamiento en vez de libertarlo, sólo aumentó su miseria. Todos conocen el triste resultado de la unión, que fué agravado con los crecientes asaltos de acreedores y oficiales de justicia.

Byron casi fué arrastrado á vender el derecho de edición de sus libros, pero se lo impidieron sus editores, quienes le obligaron á recibir una suma de dinero para hacer frente á sus necesidades del momento. Durante el primer año de su matrimonio estuvo su casa nueve veces en poder de los alguaciles, su puerta estaba sitiada casi diariamente por los cobradores, y sólo pudo evitar la cárcel gracias á los privilegios de su categoría. Todo esto debe haber sido hiel y amargura para una naturaleza sensitiva tal como la suya; mientras que la separación de su mujer, que sobrevino poco después, no pudo dejar de impulsarle casi al extremo de la locura. Aunque había rehusado recibir dinero por sus primeros poemas, cambió de propósito Byron, y hasta aprendió á hacer tratos bastante firmes con su editor (1). Pero Moore no nos dice, en su biografía del poeta, si consiguió salvarse de la penosa baraúnda de deudas alguna vez, excepto por la muerte.

Hay la mayor diferencia en la manera cómo los hombres llevan la carga de las deudas. Algunos no lo tienen por carga alguna. Otros las llevan muy ligeramente; mientras que otros miran á sus acreedores como á perseguidores, y á sí mismos

(1) « Ofrecéis 1,500 guineas por el nuevo canto (el cuarto del *Childe Harold*): no las acepto. Pido dos mil quinientas guineas por él, que daréis ó no daréis, según os parezca... Si el señor Eustace iba á recibir dos mil por un poema sobre la Educación, si el señor Moore va á recibir tres mil por *Lalla*, si el señor Campbell ha de tener tres mil por su prosa ó su poesía, no trato de desconcepar á estos caballeros ó á sus trabajos, pero pido el precio antes dicho por el mío. » — *Lord Byron al señor Murray*, Setiembre 4 de 1817.

como mártires. Pero donde el sentido moral es un poco más agudo, donde los hombres usan los bienes de los otros, sin entregar el debido equivalente en dinero, donde usan ropas no pagadas, comen carne no pagada, beben vinos no pagados, y dan comidas á costa del carnicero, del almacenero, del mercader de vinos, y del verdulero, deben sentir necesariamente que su conducta es de esencia no solamente baja, sino también falta de honradez, y entonces debe pesar muchísimo la carga.

Los deudores están en proporción considerable. Así Teófilo Cibber, acribillado por las deudas, suplicó que se le prestara una guinea, y la gastó en un plato de pajaritos. Así Foote, cuando su madre le escribió: "Querido Sam, estoy en prisión por deudas; ven y ayuda á tu amante madre," contestó: "Querida madre, yo estoy, en el mismo caso, lo que impide que cumpla su deber hacia su amante madre, su afectuoso hijo." Steele y Shéridan llevaban ambos la carga alegremente. Cuando tenían convidados, ponían la librea á los alguaciles que estaban de guardia, y hacían que sirviesen á la mesa, haciéndolos pasar por sirvientes. Nada perturbaba la ecuanimidad de Steele; y cuando tuvo que salir de Londres por deudas, llevó su generosidad al campo, dando premios á los mozos y á las mozas reunidos en los juegos rurales y en los bailes campestres. Shéridan miraba con mucha ligereza sus deudas, é hizo muchas y buenas bromas con ellas. Alguien le preguntó cómo era que no tenía prefijada á su nombre la *O'*, y él contestó estar seguro de que ninguna familia tenía mejor derecho á ello, "porque en verdad, *debemos* á todo el mundo (1)." Y disculpándose una vez un acreedor por lo ajado y manchado de una cuenta, que estaba muy sucia á causa de haber sido presentada tantas veces, le aconsejó Shéridan "como amigo, que se la volviese á su casa y la escribiese *sobre pergamino*."

No fué lo mismo con el pobre Burns, quien casi enloqueció

(1) La *O'* en los irlandeses significa hijo, y también es carácter de dignidad. El verbo deber, *to owe* en inglés, forma su modo indicativo: *we owe*, pronunciándose la palabra *owe* como una *o* larga: de ahí el equívoco hecho por Shéridan, con el *we owe* y la *o'* larga en sentido de particula nobiliaria. (*N. del T.*)

porque debía una cuenta de £ 7 y 4 chelines por un uniforme de voluntario, que no podía pagar. Mandó á casa de su amigo Thomson, el editor de sus canciones, suplicando un préstamo de £ 5, prometiendo pagarlas completamente con *canciones geniales* (1). Su última composición fué una *canción de amor*, parte del pago del préstamo, que compuso pocos días antes de su muerte.

Sydney Smith sostuvo una lucha dura con la pobreza en los primeros años de su vida. Tenía un pequeño ingreso, una extensa parroquia y una numerosa familia. Dice su hija que sus deudas le ocasionaron muchas noches de insomnio, y que ella le había visto una tarde, cuando había llegado una cuenta tras otra (examinándolas con cuidado, y pagándolas gradualmente), que estaba rendido por el sentimiento de las deudas que pendían sobre él, cubrirse el rostro con sus manos, y exclamar: "¡ Ah! ¡ veo que he de terminar mis últimos años en una cárcel (2)! " Pero soportó valerosamente la carga, trabajando progresivamente con un corazón alegre, aumentando sus escasos recursos escribiendo artículos para la *Revista de Edimburgo*, hasta que al fin llegó el ascenso, y cosechó la recompensa de su perseverancia, su laboriosidad y su independencia.

La vida de De Foe fué una larga batalla con las penalidades y las deudas. Estaba constantemente envuelto en discusiones, en su mayor parte provocadas por él. Desde joven había sido un violento libelista; y no estaba quieto ni un momento. Sucesivamente fué soldado con el duque de Monmouth, fabricante de tejas, proyectista, poeta, agente político, novelista, autor de

(1) « Después de toda mi cacareada independencia, decía, la maldita necesidad me obliga á suplicarle me facilite 5 libras. Un cruel bribón de tendero, á quien debo una cuenta, y á quien se le ha metido en la cabeza que me estoy muriendo, ha principiado un proceso, é infaliblemente me llevará á la cárcel. Por el amor de Dios, envíeme la cantidad, y á vuelta de correo. Perdóneme esta insistencia, pero los horrores de una cárcel casi me han hecho perder el juicio. No pido esto gratuitamente, porque conforme me vuelva la salud, me comprometo formalmente á darle por valor de cinco libras esterlinas de las más bonitas canciones que jamás haya visto. » — *Burns á Thomson*, 12 de julio de 1796. Burns murió el 21 del mismo mes.

(2) Lady Holland, *Memoria del Reverendo Sydney Smith*, vol. I, p. 106.

ensayos y bosquejos é historiador. Estaba familiarizado con la picota, y pasó mucho de su tiempo en la cárcel. Cuando le echó en cara uno de sus adversarios que era venal, declaró él lastimosamente cómo había en la prosecución de la tranquilidad, metido en innumerables querellas, cómo había sido llevado á los tribunales por deudas de otros individuos, y despojado por la opinión pública, de aquello que le habría dado los medios de pagar las suyas, cómo, con una familia numerosa, y sin más ayuda que su laboriosidad, habiase abierto camino, con actividad no desalentada á través de un mar de deudas y de desdichas, y en las cárceles, en los escondites, y en toda clase de extremos, se había sostenido sin ayuda de amigos ni de parientes. Por cierto, jamás ha habido una vida semejante, tan llena de luchas y dificultades como la del incansable De Foe. Á pesar de eso, todos sus trabajos literarios, y fueron muchos, no bastaron para librarlo de las deudas, porque se creó que murió insolvente (1).

Southey era casi tan laborioso como De Foe, aunque la suya fué la vida de gabinete del estudiante, y no la vida agresiva del polemista. Aunque conocía las deudas, jamás llegaron éstas á ser dueñas de él, y desde el principio de su carrera, resolvió no contraer una deuda que no pudiese pagar. No solamente pudo hacer esto, sino que pudo ayudar liberalmente á sus amigos manteniendo por algún tiempo las familias de sus cuñados, Coleridge y Lovell, sencillamente con no permitirse goces que estuvieran fuera de los límites de sus recursos, aunque éstos solían ser á veces muy cortos. La carga que llevaba hubiera agobiado á cualquier hombre menos valeroso y resuelto; pero trabajó, estudió, escribió, y ganó bastante dinero para todas sus propias necesidades, como también para las necesidades de aquellos que habían llegado á depender de él. Soportó su noble proceder sin murmurar, sin pronunciar una queja. No solamente ayudó á sus parientes necesitados, sino también á antiguos condiscípulos. Se hizo cargo y la llevó á su casa, de la mujer y familia de Coleridge, en la época en que Coleridge se

1) Jorge Chalmers, *Vida de De Foe*, p. 92.

había entregado á beber opio. Para hacer frente á tan numerosas obligaciones, no hizo Southey más que imponerse trabajos extraordinarios. Siempre estaba pronto con buenos consejos para los jóvenes que buscaban su apoyo. Así fué cómo estimuló á Kirke, White, Hérbert, Knowles, y Dusautoy, que todos murieron jóvenes y cuando prometían. No solamente les ayudó con consejo y estímulo, sino con dinero; y su ayuda á tiempo salvó de la absoluta miseria á la hermana de Chatterton. Y así continuó trabajando con noble abnegación hasta el fin, encontrando felicidad y alegría en la prosecución de las letras, *no tan instruido como pobre, no tan pobre como altivo, no tan altivo como feliz*. Éstas eran sus propias palabras.

La historia más conmovedora de la vida de sir Walter Scott, es la manera cómo se condujo después de la quiebra de la casa editora de Constable y C.^{ta}, en la que se vió sumamente comprometido. Había edificado á Abbotsford, había sido hecho lord, era *jerife* de su condado, y se tenía por hombre rico; cuando de pronto quebró la casa Constable, y se encontró que quedaba debiendo á la sociedad más de cien mil libras esterlinas. "Es muy duro, dijo cuando recibió la siniestra noticia, perder así el fruto de todo el trabajo de una vida entera, y quedar pobre al fin. Pero si Dios me concede salud y fuerzas por algunos años más, no tengo duda que lo rescataré todo." Todos le creyeron arruinado, y él mismo casi se sentía estarlo. Pero su valor no cejó. Cuando sus acreedores le propusieron un arreglo, le prohibió su sentimiento de honor prestar oídos á ello. "No, señores, contestó, el tiempo y yo venceremos." Aunque las deudas habían sido contraídas por otros, él se había constituido legalmente responsable de ellas, y, fuerte en sus principios de integridad, resolvió, si podía hacerlo, pagarles hasta el último centavo. Y se puso á hacerlo; pero le costó la vida.

Se deshizo de su casa de la ciudad y del ajuar, entregó sus efectos personales para que fuesen embargados en favor de sus acreedores, y se comprometió á amortizar cierta suma anual de sus deudas pasivas. Esto lo hizo emprendiendo nuevas obras

literarias, algunas de ellas de gran magnitud, cuya ejecución poco agregaron á su reputación, aunque le pusieron en el caso de amortizar gran parte de su deuda. Una de sus primeras tareas fué su *Vida de Napoleón Bonaparte*, en nueve volúmenes, que escribió en unos trece meses, en medio del sufrimiento, del pesar y de la ruina, recibiendo por ella sobre catorce mil libras esterlinas. Aun cuando fué atacado de parálisis, continuó escribiendo tanto, que en cuatro años había amortizado unas dos terceras partes de la deuda de que era responsable, hecho que probablemente no tiene igual en la historia de las letras.

Los sacrificios y esfuerzos que hizo durante los pocos últimos años de su vida, aun estando paralítico, tanto que apenas podía sostener su pluma, colocan á Scott en un punto de vista heroico. Se mantuvo hasta el fin con espíritu indomable. Cuando su médico le reconvenía amistosamente por su excesivo trabajo intelectual, le contestaba: "Si tuviese que estar ocioso, enloquecería; en comparación con esto, la muerte no es un peligro que deba rehuirse." Poco tiempo antes de su último ataque fatal, mientras estaba sentado medio dormitando en su silla frente de la casa en Abbotsford, se despertó de pronto, hizo á un lado las mantas que le envolvían, y exclamó: "Esto es una triste ociosidad. Llevadme á mi estudio y alcanzadme las llaves de mi escritorio." Le llevaron á su gabinete y pusieron delante de él plumas y papel. Pero no pudo sostener la pluma, no pudo escribir; y las lágrimas corrieron por sus mejillas. Su espíritu no estaba vencido, pero sus fuerzas físicas estaban exhaustas y destrozadas; y cuando murió al fin, se durmió como una criatura.

Scott experimentaba lo que toda naturaleza sensitiva, que la pobreza es una carga más fácil de soportar que las deudas. No hay nada ignominioso en la pobreza. Puede hasta servir como de saludable estímulo á los grandes espíritus. "Bajo grandes montañas de oro y tronos, dijo Juan Pablo, están enterrados muchos espíritus gigantes." Richter llegaba hasta sostener que la pobreza debía ser la bienvenida, si no llegaba

demasiado tarde en la vida. É indudablemente fué tanto más pesada la carga de Scott, cuanto que llegó á él en sus años últimos.

Shakspeare fué al principio pobre: "¡Es de preguntarse, dice Carlyle, que si no hubiera sido por andar activamente en Stratford-en-Avón la carencia, el malestar y los autos de prisión, quizá habría vivido Shakspeare nada más que matando terneros ó cardando lana!" Á los escasos recursos de Milton y de Dryden debemos probablemente la mejor parte de sus obras.

Johnson era un hombre pobrísimo, pero muy valeroso. Nunca supo lo que era riqueza. Su espíritu fué siempre más grande que su fortuna; y es el espíritu lo que hace rico ó pobre al hombre, feliz ó desdichado. El exterior tosco y áspero de Johnson cubría una naturaleza viril y noble. Había conocido desde joven la pobreza y las deudas, y deseó verse libre de ambas. Estando en el colegio, salíanle los dedos de sus pies por los botines, pero era demasiado pobre para comprar unos nuevos. Su cabeza estaba llena de saber, pero sus bolsillos estaban vacíos. Cómo luchó contra la escasez y las dificultades durante sus primeros años en Londres, puede verlo el lector en su *Vida*. Tenía cama y comida por cuatro peniques y medio al día, y cuando estaba demasiado pobre para pagar una cama, vagaba con Savage toda la noche por las calles (1). Luchó virilmente, sin lloriquear por su destino, sino tratando de sacar el mejor partido de él.

Estos prematuros sinsabores y luchas de Johnson dejaron sus cicatrices sobre su naturaleza, pero también aumentaron y enriquecieron su experiencia, lo mismo que ensanchaba su campo de simpatía humana. Hasta cuando se hallaba en sus mayores sinsabores tenía cabida en su corazón para otros cuyas necesi-

(1) « Decía que un hombre podía vivir en una guardilla á diez y ocho peniques por semana: pocas personas averiguaban dónde se alojaba, y si lo hacían, era fácil decir: « Señor, se me encuentra en tal parte. » Gastando tres peniques en un café, podía estar durante algunas horas al día en muy buena compañía; podía comer por seis peniques, almorzar pan y leche por un penique, y pasarse sin cenar. En los días de camisa limpia salía y hacía sus visitas. » Boswell, *Vida de Johnson*.

dades eran mayores que las suyas; y jamás negaba su ayuda á aquellos que la necesitaban, ó que eran más pobres que él.

Por su propia y triste experiencia, nadie podía hablar con mayor autoridad que Johnson sobre el asunto de las deudas. "No os acostumbréis, escribió á Boswell, á considerar las deudas tan sólo como una inmoralidad, encontraréis que son una calamidad. Que sea vuestro primer cuidado no deber á otro hombre. Sea lo que fuere lo que tengáis, gastad menos. La frugalidad no es únicamente la base de la tranquilidad, sino de la beneficencia." Al abogado Simpson le escribió: "Las deudas pequeñas son como la munición pequeña; zumba por todos lados, y es difícil escapar sin salir herido: las grandes deudas son como cañones, de mucho ruido pero poco peligro. Por eso debéis ponerlos en estado de pagar las pequeñas deudas, para que podáis tener tiempo con seguridad para poder luchar con el resto." "Señor, dijo al paciente Boswell, adquirid tanta tranquilidad de espíritu como podáis, conservaos dentro del límite de vuestros ingresos, y no iréis lejos en lo malo."

Los hombres que viven de sus conocimientos, sus talentos, ó sus genios, han adquirido de un modo ó de otro el carácter de ser imprevisores. Escribiendo Carlos Nodier sobre un genio distinguido, dijo de él: "En la vida de la inteligencia y del arte era un ángel; en la vida práctica y común de todos los días, era un niño." Lo mismo podría decirse de muchos grandes escritores y artistas. Los más grandes de ellos han estado tan consagrados, con el alma y el corazón, á su quehacer especial, que no se han preocupado de pensar cómo los esfuerzos de su genio podrían convertirse en libras, chelines y peniques. Si hubieran antepuesto la consideración del dinero, el mundo no habría heredado probablemente los productos de su ingenio. Milton no habría trabajado durante tantos años en su *Paraiso Perdido*, meramente por las cinco libras esterlinas en que vendió la primera edición al editor. Ni Schiller hubiera continuado trabajando durante veinte años hasta la cumbre del pináculo del pensamiento, meramente por los escasos medios de vivir que ganaba con su trabajo.

Asimismo, los hombres de genio no debieran mirar con indiferencia las reglas comunes de la aritmética. Si gastan más de lo que ganan, contraerán deudas. Ni los librará de ellas si se lamentan de los rigores de la sociedad. Tienen que sostenerse ó caer sobre sus méritos como hombres, y si no son precavidos, sufrirán las mismas consecuencias que los demás. Thackeray, al describir el carácter del capitán Shandon, en su *Pendennis*, causó gran disgusto á la profesión literaria; sin embargo, no había dicho más que la verdad. *Si un abogado, dijo, ó un soldado, ó un clérigo, gasta más de lo que tiene, y no paga sus cuentas, debe ir á la cárcel, y un autor debe ir también.*

Los hombres de letras no son abandonados porque son hombres de letras. Pero no tienen derecho á esperar que la sociedad pase por alto sus faltas sociales por el mero hecho de ser hombres de letras. Es necesario para bien de la sociedad, lo mismo que para su propio bien, que los literatos y los artistas, se cuiden de "proveer para los malos tiempos, como cualquier otro persona." La imaginación y el arte, dice madama de Stael, tienen necesidad de cuidar su propio bienestar y felicidad en este mundo. La sociedad debiera ayudarles generosamente; todos los hombres buenos debieran ayudarles; pero mejor que todo sería que se ayudasen ellos mismos.